



KARINA BIDASECA

PERTURBANDO EL TEXTO COLONIAL

LOS ESTUDIOS
(POS)COLONIALES
EN AMÉRICA LATINA



SERIE ESTUDIOS POSCOLONIALES



PARADIGMA INDICIAL

sb

Librería García Cambello

RAFAEL PÉREZ-TAYLOR

- ANTHROPOLOGIAS: AVANCES EN LA COMPLEJIDAD HUMANA

GABRIEL LÓPEZ Y MARCELO CARDILLO (editores)

- ARQUEOLOGÍA Y EVOLUCIÓN

GRUPO ANTROPOCAOS

- EXPLORACIONES EN ANTROPOLOGÍA Y COMPLEJIDAD

MARINA ALONSO BOLAÑOS

- LA "INVENCION" DE LA MÚSICA INDÍGENA DE MÉXICO.

HÉCTOR HUGO TRINCHERO

- AROMAS DE LO EXÓTICO (RETORNOS DEL OBJETO).

E. GUILLERMO QUIRÓS

- FUNDADORES Y DESCENDIENTES. LAZOS DE SANGRE, RELACIONES ECONÓMICAS Y SUCESIONES POLÍTICAS

KARINA BIDASECA es Doctora en Ciencias Sociales, por la Universidad de Buenos Aires e Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET). Es Profesora Adjunta de la Cátedra *La Sociología y los Estudios Poscoloniales*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, y Profesora de posgrado en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín y en la Universidad de Buenos Aires.

Ha sido becaria de diversas instituciones de Argentina y del exterior y, actualmente, del Fondo Nacional de las Artes. Como socióloga ha realizado trabajos de campo en Argentina y Brasil. Ha publicado varios libros y numerosos artículos en prestigiosas revistas nacionales e internacionales sobre los Estudios Poscoloniales, movimientos sociales rurales y feminismo poscolonial.



PERTURBANDO EL TEXTO COLONIAL

Los estudios (pos)coloniales
en América Latina

KARINA BIDASECA

Buenos Aires - Montevideo - México

sb

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Prólogo	11
Introducción. “El orgullo de la subalterna”	13

I PARTE

Capítulo 1

“No hay Otro del Otro”. La construcción de la alteridad y la representación del Otro. Entre el Eurocentrismo y los Estudios Poscoloniales	25
---	----

Capítulo 2

Volver <i>siempre</i> a Fanon. Narrativas del colonialismo y el sujeto colonial.	43
--	----

Capítulo 3

Orientalismo. Exotismo. Lo universal y lo relativo.	69
--	----

Capítulo 4

Narrativas contemporáneas de la Modernidad / Colonialidad en los Estudios Latinoamericanos y Asiáticos	89
---	----

II PARTE

Capítulo 5

“Mujeres blancas buscando salvar a las mujeres color café de los hombres blancos y color café.” 129

Capítulo 6

Intacta Colonialidad. El discurso de la autenticidad.
El problema del absolutismo étnico 145

Capítulo 7

La diferencia colonial. El Pluralismo jurídico
y los Derechos Humanos 173

III PARTE

Capítulo 8

(Fallido de) Una teoría sobre las voces 197

Capítulo 9

Traducción cultural y Representación 211

Capítulo 10

Aniquilamiento del otro I. La esclavitud 227

Aniquilamiento del otro II. Guerras difusas y feminicidios . 241

Notas 253

Bibliografía 269

INTRODUCCIÓN

“EL ORGULLO DE LA SUBALTERNA”

“No era una historia para transmitir. La olvidaron como una pesadilla”, disuade Toni Morrison al lector hacia el final de su novela *Beloved*.¹ ¿Qué es aquello que debe olvidarse prontamente antes de ser transmitido? ¿Qué debe permanecer oculto, silenciado, para no interrumpir y molestar angustiosamente el fluir de nuestro presente?

La historia que narra Morrison, “aunque reclama, no es reclamada”. Lo mismo sucede para el presente histórico habitado por los “pasados subalternos” (Chakrabarty, 1999), por los pasados no dichos u olvidados, que aunque “se resisten a ser historizados”, al no ser reclamados, desaparecen disueltos en el tiempo.

“La muerte de Chandra”² (1995), texto académico escrito por el historiador subalternista Ranajit Guha, cuyo escenario es la India colonizada por el Imperio Británico³ de 1849, y *Beloved* (1987), que transcurre en los suburbios de Cincinnati, al sur de los Estados Unidos esclavista en 1873, pueden ser leídos como encastres exactos, cada una en la huella que deja los pies de la otra sobre la arena acuosa. Contemplando aun sus distinciones en cuanto a su género, los llamaría *narrativas femeninas de la subalternización*.

Ciertamente, cuando caminamos sobre sus huellas, nos damos cuenta de que esas vidas no desaparecen del todo. De lo contrario, si re-

tiramos nuestros pies, habrá entonces desaparecido todo rastro “como si nadie hubiese andado jamás por ahí” (Toni Morrison, 2004: 360).

La historia de amor de Chandra transcurre en el año 1255 (de acuerdo con el año bengalí), alrededor de 1849 d.C para el calendario cristiano. Tampoco hay fechas históricas precisas en *Beloved*. Al no otorgarle mayor trascendencia a las leyes que mantuvieron ese mundo esclavista, Toni Morrison pareciera subestimar el peso de la historia.

Al igual que para Sethe, el acontecimiento que cambia la vida de Chandra es un embarazo no deseado. “¡Aborto o *bhek!*” son las palabras pronunciadas por el hombre que, luego de haber obtenido placer sexual, rechaza a Chandra y se convierte en custodio de la política de vigilancia apostada sobre la sexualidad femenina. Ellas significan, sin más, la disyuntiva frente a los dos caminos que puede tomar una mujer musulmana como Chandra, quien, al mantener relaciones amorosas prohibidas para los miembros de una parentela y quedar, de este modo, embarazada, ha traicionado su lugar fijado como subalterna en la sociedad patriarcal colonial de la India. Las mujeres de su familia se oponen al destino de *bhek* o paria en la sociedad hindú, y le suministran la droga para el aborto; pero el mismo unguento que la liberaría de la condena social, la llevará paradójicamente a la muerte, y a las mujeres de la aldea, a una complicidad homicida. Ranajit Guha interpretó esta historia como el cambio de posición de todos los signos. Cómo se vuelve, al ser narrada por el discurso judicial, una narrativa de la criminalidad, mientras que desde la mirada de género se convierte en una historia de la solidaridad entre las mujeres.

Sethe, la madre esclava que en un acto de amor decide matar a su hija *Beloved* para sustraerla de la apropiación de su amo, ya había experimentado el destino que torcían para Chandra. Era un paria en la sociedad postesclavista de los EEUU. La casa agrisada de *Bluestone Road 124* tenía un maleficio: “todo el veneno de un bebé” (p.11).

Sethe sufre la muerte social: nadie visita la casa maldecida del 124. Chandra es muerta en todos los sentidos: materialmente, en el acto mortal de los seres humanos; en el acto de la escritura por parte del escriba de la aldea, su voz es omitida, silenciada bajo la de un hombre que nunca será encontrado culpable porque tiene el poder de decidir sobre *su* cuerpo.

Como narra la madre de Chandra:

«Hacia el final del último Phalgun, Magaram Chasha vino a mi aldea y dijo: «Durante los pasados cuatro o cinco meses he estado involucrado en una relación amorosa de carácter ilícito (ashnai) con tu hija Chandra Chashani y, a consecuencia de ello, ha quedado preñada. Tráela a tu propia casa y dispón que se le administre alguna medicina. De lo contrario, le pondré encima un bhek»" (Declaración, citada por Guha, 1995: 2).

Por cierto, la mujer es en la India, en Estados Unidos o en cualquier otro lugar, la *subalterna del subalterno*. Es objeto de apropiación del hombre; su cuerpo, el territorio soberano de la conquista. Y ese cuerpo como símbolo trasciende los tiempos históricos, las guerras o los mensajes mafiosos. Como ayer en la India o en los Estados Unidos, hoy, en Ciudad Juárez, el cuerpo femenino es *trofeo*.

Sethe supo lo que significa para una mujer que alejen a sus hijos cuando sus pechos están llenos de leche, que la golpeen hasta el hartazgo para quitarle su leche. Fue violada por su amo y por los otros esclavos de *Sweet Home*, un eufemismo poco feliz para el nombre de la plantación que se sostenía bajo un sistema de leyes esclavistas que colaboraron en ese denigrante destino. Si una esclava se fuga es doblemente castigada, porque tras ella se pierde la capacidad reproductiva de fuerza de trabajo esclavo. La sociedad esclavista, que debe permanentemente producir nuevos esclavos para su *reproducción*, se ve amenazada.

Ambas son *mujeres parias* cuyas vidas transcurren en sociedades fuertemente estratificadas, aunque en civilizaciones disímiles en cuanto a la concepción del individuo / sociedad:⁴ una es una sociedad holista, con una jerarquización atravesada por el sistema de castas en la que la mujer sufre una doble subalternidad; en la otra reina el individualismo, las ideas de libertad e igualdad.

En ambos escenarios cabe la afirmación que Sethe designa para esa vida dolorosa: "En el mundo hay definidos, definidores y definiciones. Los esclavos son definidos por los blancos" (2004: 329).

Ambas narrativas contemporáneas transcurren en temporalidades fragmentadas, donde los personajes aparecen muertos o bien, como en *Be-loved*, se vuelven fantasmagóricos. Conforman pasados en los que el tiempo histórico "se desdobra", cohabitados por diferentes tiempos históricos (modernos y no modernos), metaforizados por el término bengalí como "granthi" o nudos de distintas formaciones como los nudillos de nuestros dedos o las uniones de un palo de bambú" (Chakrabarty, 1998: 110).

Los disímiles contextos de enunciación –colonialismo y esclavitud– denuncian diferentes maneras de *dar muerte*. Como muestran ambos textos, no hay sólo *una* forma de morir. La narrativa de Sethe cambia nuestro sentido ético cuando comprendemos que en la sociedad norteamericana de entonces, el infanticidio era expresión de la resistencia a la esclavitud;⁵ cuando las madres sabían que las niñas, “que aún no habían cambiado los dientes de leche eran vendidas sin darles la oportunidad si quiera de despedirse de ellas” (2004: 38).

Sethe comete infanticidio pero no es infanticida. La narrativa criminal de Sethe se vuelve una narrativa de liberación. Sethe no mata, libera, como las mujeres que también quisieron liberar a Chandra.

“Era peligroso que una mujer que había sido esclava amara tanto algo, especialmente si ese algo eran sus propios hijos”, afirma Toni Morrison. Es cierto, si algo no pudo perdonársele a Sethe es su orgullo. Tampoco se le perdona a Chandra el *orgullo de la subalterna*.

*

“Por detrás del garaje pasa un callejón, tal vez te acuerdas, a veces jugabas allí con tus amigas. Ahora es un sitio desierto y abandonado, donde se acumulan y se pudren las hojas que arrastra el viento. Ayer, al final de ese callejón, me encontré una casa hecha de cajas de cartón y plásticos con un hombre encogido dentro, un hombre al que ya había visto por las calles: alto, delgado, con la piel curtida por la intemperie y unos colmillos largos y cariadados, vestido con un traje gris holgado y un sombrero de ala caída. Llevaba el sombrero puesto y estaba durmiendo con el ala doblada por debajo de la oreja. Un marginado, uno de los marginados que rondan por los aparcamientos de la calle Mill, y piden dinero a la gente que va de compras, beben bajo los pisos elevados y comen de los cubos de basura. Una de las personas sin hogar para las que agosto, el mes de las lluvias, es el peor mes. Dormido en su caja, con las piernas extendidas como una marioneta, boquiabierto. Lo rodeaba un olor desagradable: orina, vino dulce, ropa húmeda y algo más. Algo sucio. Me quedé un rato mirándolo, observando y oliendo. Un visitante, llegado para castigarme, precisamente en un día como ayer” (p. 9).

Así comienza *La edad de hierro*, ese maravilloso libro escrito por J. M. Coetzee,⁶ cuyo escenario es la violencia contemporánea de Sudáfrica post-apartheid, y cuya protagonista, una mujer madura, prototipo de una burguesa blanca, escribe en la agonía de su enfermedad terminal una larga carta a su hija, que vive desde hace tiempo en los Estados Unidos,

alejada de ese infierno. En ella transmite la necesidad de abrazarla cuando, al regresar del médico, arrastrando su vida deshecha, encuentra detrás del garaje de su casa a un hombre tumbado con quien comienza una relación única. Comprende que, a pesar de la lejanía de clase que la separa de ese vagabundo negro llamado Vercueil, es en él en quien termina por reconocerse.

“Seis páginas ya, y todo por un hombre al que no conoces ni conocerás nunca. ¿Por qué escribo sobre él? Porque es yo y no lo es al mismo tiempo. Porque en la forma que tiene de mirarme me veo a mí misma en una manera que puede escribirse” (p. 15).

El cuerpo de esta mujer madura, que va deteriorándose carcomido por el cáncer que entró en sus huesos, se impone como signo en ésta y en las dos narrativas anteriores, aunque de un modo totalmente distinto.

“Todavía bajo el hechizo de la música (creo que era Stockhausen), me he sentado al piano esta tarde y he tocado algunas de las piezas de antaño [...]. He tocado tan mal como siempre, equivocándome en los mismos acordes que hace medio siglo, repitiendo errores de digitación que ahora ya han llegado al hueso y nunca serán corregidos (los huesos máspreciados por los arqueólogos, recuerdo, son los retorcidos por la enfermedad o los mellados por una flecha: huesos marcados por una historia propia de una época previa a la historia)” (p. 31).

**

Chandra, Sethe y E. C., tres relatos ficcionales de distinto género, son la puerta de ingreso a este libro. Si bien ciertamente no soy una experta en este campo,⁷ sin forzar la lectura, puedo establecer conexiones entre la literatura mundial y las Ciencias Sociales, entre la ficción y la realidad para despejar fantasmas disciplinarios, *cruzar fronteras*, como exhorta Gayatri Chakravorty Spivak en *Muerte de una disciplina* (2009).⁸ Después de todo, la esclavitud y la colonialidad son hechos *mundiales*, aunque cada sociedad haya procesado su ominosa experiencia de modo diverso. “La apertura hacia una historia específicamente afroamericana”, como denota Spivak de su lectura de *Beloved*, nos permite escapar de las fronteras disciplinarias y nacionales. Este es también el propósito de unos estudios poscoloniales, que no pueden quedar “presos en el mero nacionalismo contra el colonialismo” (p. 101)

Cada uno de los nombres femeninos implica comprender sus inscripciones en lugares singulares, en distintas temporalidades que coexisten y desde distintos lugares de enunciación de sus voces femeninas. Entre colonialismo, esclavitud y post apartheid, entre los siglos XVIII y XXI, estas historias transitan y someten a crítica los dispositivos coloniales, en que cada cual redescubre el sitio en el que vive / vivió y puede ver en el otro el sí mismo.

Este libro es una búsqueda y, como tal, incierta y, por momentos, más interrogada, orientada a pensar el sujeto que los estudios poscoloniales nombran, precisamente, como “poscolonial”, pero que en América Latina permanece colonizado. Migrante, diaspórica/o, extranjero, indígena, afrodescendiente o simplemente “el Otro” que irrumpe en la escena de las metrópolis. Propone repensar la crítica de los estudios poscoloniales en Occidente y las ideologías imperialistas en nombre de las cuales el Otro y la Otra han sido y son exterminados o subalternizados en nombre del progreso, la violencia ligada a la idea de la razón y cierta concepción del humanismo. Claro está que, como advierte Samir Amin en su escrito “Introducción. Franz Fanon en África y Asia” (2009),⁹

“la historia de la relación de Francia con sus colonias esclavistas es distinta de la historia de la relación de Gran Bretaña con las Américas esclavistas y distinta de la de Estados Unidos con su colonia esclavista interna. [...] Por supuesto, a pesar de las profundas transformaciones que la departamentalización produjo a partir de 1945, los efectos del pasado esclavista y colonial no pudieron borrarse ni de la memoria de los pueblos afectados, ni de la concepción aguda de su identidad en sus relaciones con Francia. *Piel negra, máscaras blancas* propone, sobre ese terreno, un análisis de una perfecta lucidez. El tratamiento de los problemas que se abordan en esta obra nos permite percibir la singularidad (más allá de los banales denominadores comunes) de los desafíos a los que se enfrentan los negros de Estados Unidos, los de las Antillas británicas, los de Brasil, los negros de África en general y los de Sudáfrica en particular”.

“Hoy el «subalterno» debe ser repensado”, señala Gayatri Spivak. Sin dudas, estamos frente a un tiempo histórico singular, en el cual “la subalternidad constituye un espacio de diferencia no homogéneo, que no es generalizable, que no configura una posición de identidad”. Sin embargo, de acuerdo con su forma de ver el mundo, Spivak piensa que el modo en que esa subalternidad se presenta “hace imposible la formación de una base de acción política” (2006).¹⁰ Esta afirmación ácida y desilusionante

despertó en mí una búsqueda teórica en la que las voces subalternas interrumpieran procesos fijados. Consecuentemente, procuré concentrarme en la voz y el habla. La reivindicación discursiva acarreará consigo la agencia, suscitando el quiebre de la débil línea delgada que transita entre cuerpos antropológicos y cuerpos políticos.

Las narrativas femeninas que atraviesan todo el libro, la de Sethe, Chandra y E. C., han sido incorporadas como dispositivos discursivos para pensar estos sitios transhistóricos, temporalidades co-existentes (Chakrabarty) para "hacer proliferar formas de simbolización para la realidad de estos tránsitos y de esta circulación, (e) inscribirlos en el patrón discursivo de la cultura" (Segato, 2003: 16).

Concebí los discursos respecto de la *otredad ficticia de la literatura mundial poscolonial* de Toni Morrison o J. M. Coetzee, como prácticas sociales históricamente conformadas, que me permitan dialogar con mis propios "trabajos de campo", con las historias subalternas de los inmigrantes, de los colonizados, de las mujeres. Pues, como explica Homi Bhabha en *El lugar de la cultura* (2002), "las historias transnacionales de los migrantes, colonizados, los refugiados políticos, todas esas condiciones fronterizas, podían ser los terrenos propios de la literatura mundial" (p. 29). El estudio de esa literatura es un modo de construir alteridades. En el caso de las escritoras mujeres, Virginia Wolf decía en "Un cuarto propio": "uno de los mayores beneficios que trajo la emancipación de la mujer fue la posibilidad de la escritura de ficciones" (Spivak, 2009: 44).

La primera, una novela sobre la esclavitud, que podría entenderse precisamente como Goethe en "Nota sobre la literatura mundial", intentó proyectar la literatura mundial a partir de la "confusión cultural producida por guerras terribles y conflictos mutuos" (Bhabha, 2002: 28). La segunda, una novela de J. M. Coetzee que habla de la violencia del apartheid en Sudáfrica y de la negritud desde una voz femenina de una letrada blanca. Ambas narrativas están inscritas en la llamada hoy "nueva esclavitud" y en la "nueva" inmigración africana reciente, empujada a atravesar el Atlántico. La América africana diaspórica.

De otro género es el texto académico sobre la muerte de Chandra. Es el historiador indio Ranajit Guha quien aquí narra la historia. Preocupado por cómo se escriben las propias historias de los grupos subalternos, produce en un escenario textual, una arena de lucha por *devolver* a la historia lo que llama las "voces bajas" (Guha, 2002).

La Historia es una materia que se preocupa principalmente de la fabricación de narrativas (Chakrabarty, 1998). La importancia de este pensamiento radica en impedir la disolución de la memoria de los que Dipesh Chakrabarty llama sabiamente “pasados subalternos”.

La crítica poscolonial reconsidera la historia desde *otro* lugar, desde el de los colonizados, y así intenta recuperar las “voces bajas” (Guha, 2002) de la historia. Cuestiona los estatutos asumidos de la historiografía occidental, sus omisiones, sus perspectivas. El conocimiento occidental está colonizado; se trata de *des*-colonizarlo e incluir otras formas de generar conocimiento.

La que opera en la colonización es la narrativa de la historia, que tiene el objetivo de elevar una voz y silenciar otras para que prevalezca un discurso que responda a la versión oficial estatal, es decir, de la elite funcional al poder colonial.

“El colono hace la historia y sabe que la hace. Y como se refiere constantemente a la historia de la metrópoli, indica claramente que está aquí como prolongación de esa metrópoli. La historia que escribe no es, pues, la historia del país al que despoja, sino la historia de su nación en tanto que ésta piratea, viola y hambrea [...]; el colonizado decide poner término a la historia de la colonización, a la historia del pillaje, para hacer existir la historia de la nación, la historia de la descolonización” (Fanon, 1983: 45).

Nuestro locus de enunciación atenderá tanto a las críticas reduccionistas de los estudios culturales que han hegemonizado “lo latinoamericano”, “lo asiático” y “lo africano” a la categoría homogeneizante y residual de “Tercer Mundo” como a los estudios poscoloniales, en tanto espacio de homologación de los procesos históricos independentistas que dibujan trayectorias originales y propias.

Al referirme al “eurocentrismo”, comparto el cuestionamiento a la exigua mirada unilineal. El análisis debe incluir también, como lo piensa Edward Said para Oriente y Aníbal Quijano para América Latina, a los subalternos que fueron educados bajo su hegemonía. En efecto, hacia 1950 el poeta de la negritud, Aimé Césaire, resignificó el concepto marxista de alienación para definir al colonialismo como “condición deshumanizante de por sí”, lo que implicaba tanto la objetivación del colonizado como la deshumanización del colonizador.

Los efectos del colonialismo no han sido borrados completamente. Este se instituye como lugar de enunciación de una crítica a la modernidad en sus límites y puntos ciegos.

“Como es una negación sistemática del otro, una decisión furiosa de privar al otro de todo atributo de humanidad, el colonialismo empuja al pueblo dominado a plantearse constantemente la pregunta: ¿Quién soy en realidad?” (Fanon, 1961 (2003: 228).

No ha habido lugar entre estos pensadores para que la voz de la mujer surja, perturbando el texto colonial. Hay una *inquietante* cercanía entre, por un lado, los discursos coloniales y los de algunas representantes del feminismo occidental, que se expresan en términos “salvacionistas” por el camino del modelo occidental o, como afirma bell hooks (2004), han “silenciado” a las mujeres de color. Cuando el subalterno es mujer, como sostiene Gayatri Spivak, “su destino se encuentra todavía más profundamente a oscuras” (1988: 199). Pues bien, hoy no se trata de dirigir la crítica *tan sólo* a las mujeres blancas, sino también a interrogarse sobre aquellas que frente a la opción fanoniana de la elección psíquica de “volverse blanco o desaparecer”, han asumido las “máscaras blancas”, dejando atrás su pasado.

Con especial afición al “trabajo de campo” de nuestra disciplina, mi experiencia me indica que es difícil reconciliar el activismo con nuestro trabajo académico. Lo que hay en ese espacio de “cruce de fronteras” epistémicas son aporías, simas irresolubles, ghattización. Feminismo e indigenismo. Universalismo y particularismo. La académica aparece en mí, escindida contra sí misma.

Porque, como explica Lila Abu-Lughod en su libro *Feminismo y modernidad en Oriente Próximo* (2002), “las mujeres se han convertido en símbolos potentes de identidad y de visiones de la sociedad y la nación” (p. 14). Dedicaré gran parte de este libro a discurrir por las narrativas femeninas y la colonialidad, ese lugar inestable de la mujer como significativa.



"En esta obra la posición de las mujeres se transforma en plataforma para elaborar un discurso crítico y antiimperialista en todos los campos, y no solamente en el ámbito del género. La demanda enunciada desde ese lugar sirve para guiar una búsqueda de material etnográfico que alimenta una visión insurgente, y una revisión bibliográfica amplísima, contemporánea, nutrida por las mejores voces críticas. Destaco también el esfuerzo en dar visibilidad y relevancia a los autores latinoamericanos, además de los grandes teóricos de la descolonización y del giro decolonial de otros continentes [...].

El aspecto más destacable de la contribución de Karina Bidaseca es [mostrar] la unidad e interrelación entre los diversos aspectos de la dominación, y esta mirada sólo es posible, como la autora sugiere con su reflexión, cuando la observación se realiza desde el margen, mediante un gesto de descentramiento del sujeto que observa, el autor, el analista [...].

Y es, a lo largo de la obra, el testimonio de las voces femeninas y no-blancas la fuente en la que Bidaseca busca con la lucidez necesaria para vincular todas las opresiones. El nexo entre la dominación racial y de género, entre colonialidad y subordinación femenina es el tema que da unidad a los capítulos de este libro. En él se rescata el tenue hilo de la voz fragmentada, por momentos inaudible de la mujer no-blanca, como clave de lectura para nuestro mundo marginal. Sólo el margen puede enseñar al margen cómo mejor leer el mundo".

Rita Laura Segato (del Prólogo de la obra)

Doctora en Antropología Social por la Queen's University of Belfast. Profesora e investigadora de nivel máximo del Consejo Nacional de Investigaciones de Brasil.

ISBN 978-987-1256-70-9



9 789871 256709

sb

PARADIGMA INDICIAL

SERIE ESTUDIOS POSCOLONIALES